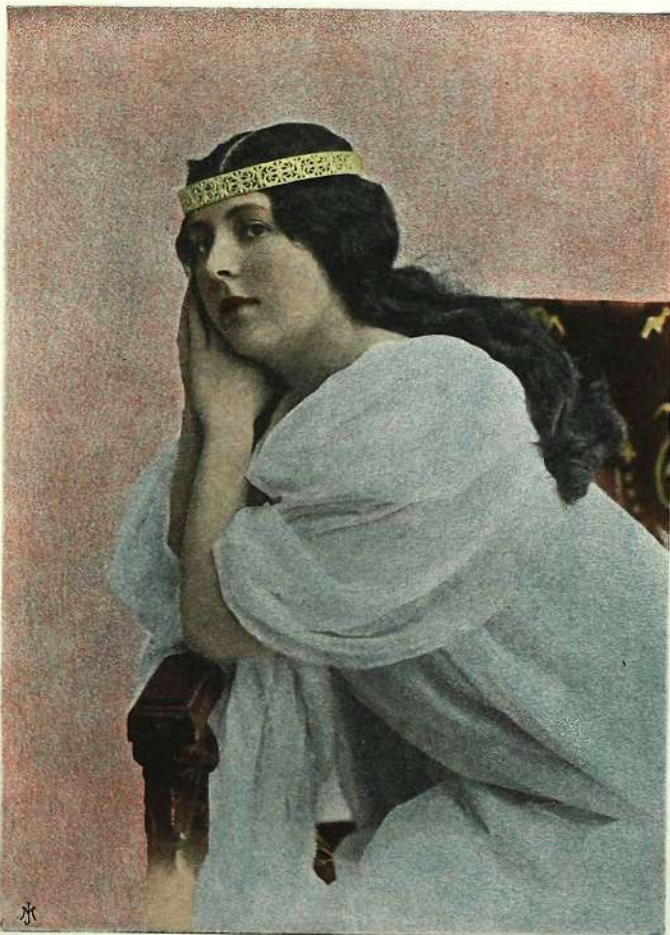


IRIS



ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



CUENTOS DE TODAS PARTES

ORIGINALES

DE LOS

MÁS CÉLEBRES AUTORES
CONTEMPORÁNEOS

Profusamente ilustrado. — Un
tomo en tela, 5 pesetas.

CUENTOS ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados. — Un
tomo en tela, 5 pesetas



LA CONCIENCIA DEL MALVADO

Y

OTRAS NOVELAS

POR

ENRIQUE RUIZ MONTERO

Un tomo encuadernado en tela, 5 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

EL BUSTO

«Voy á partir; cuando al rayar el día
de tí me encuentre lejos,
mándame una mirada, vida mía,
del alba en los reflejos.»

¿Porque estos versos oídos por casualidad hace algún tiempo y olvidados durante muchas semanas me persiguen hoy con el obsesante martilleo de sus rimas?

Voy á partir...

Yo partí ya. Me alejé de la existencia nerviosa de Madrid, abandoné á los que se decían mis amigos y vine á plantar, en este rincón asturiano, mi tienda de campaña, sin dejar allá lejos, en el hormiguero de la capital, á ninguna amiga que pueda mandarme miradas del alba en los reflejos.

Ni siquiera estoy triste. Mi casa de campo es un nido delicioso. En vez de los pesados sofás Luis XV que en otro tiempo me servían de *sufrideros*, tengo aquí muebles ligeros y modernos. En las ventanas no hay cristales policromos, sino inmensos vidrios blancos, de una sola pieza, velados por floridas muselinas diáfanas como pétalos de lirio. Las paredes del comedor y de la biblioteca están cubiertas de finísimos cueros de Oriente, ligeros y coloreados, mientras las paredes de la alcoba y del cuarto de baño desaparecen detrás de telas de seda fabricada por Liberty, telas vaporóseas, etéreas, exquisitas. Sólo en el salón he puesto tapicerías de Gobelinos, cuyos tonos pálidos parecen más apagados aun á causa de los vecinos cortinajes de oro y púrpura.

En medio, sobre su zócalo de mármol rosa, el busto de mi abuela sonríe. La excelente señora está representada en el año más florido de su vida, cuando ya no tenía diez y nueve y aun no había cumplido los veinte, antes de conocer á mi abuelo, según creo.

De Madrid me escriben algunos amigos preguntándome si me fastidio.

No. ¿Por qué he de fastidiarme? En vez de ir al café voy á la montaña á recoger flores silvestres y por la noche, no pudiendo ver á María Guerrero, veo á mi abuela que sigue sonriendo, en su alto zócalo, con sonrisas de marquesita francesa, con mimos de aristocrática pastora del Trianon, con gracias algo rancias y algo tristes. A veces, cuando yo la miro largamente, ella parece también mirarme y entonces sus labios se entreabren algo más que de costumbre.

Hoy por divertirme, la he coronado de geranios, pero ella, coqueta siempre, no ha parecido gustar de mi broma. Las flores encarnadas no sientan bien á los muertos.

He hecho venir otros muebles. He llenado las habitaciones de mesas pequeñitas y de diminutos taburetes de laca verde, de laca oscura, de laca color de fuego. Sobre las mesas he colocado antiguos



jarrones de Sevres, lámparas de bronce japonés, floreros de hierro del Renacimiento, figulinas de Sajonia y kakemonos asiáticos. Los cogines abundan: cogines de damasco, de terciopelo, de brocado, todos de matices homogéneos, formando gamas completas de turquesa, de amatista, de esmeralda, sin llegar nunca á los verdaderos azules, á los profundos violetas y á los oscuros verdes. El color no me gusta y siempre prefiero el matiz.

Por eso, sin duda, adoro el busto del salón. El rostro fino y no perfecto, con los pómulos muy salientes; la melancolía de esos ojos que no son grandes, pero que son expresivos; la delicadeza de la nariz cortísima, los rizos locos de la cabellera, todo, en fin, en ella, hace ver á una mujer pálida, sin gran belleza, sin corrección de facciones, pero de una gracia exquisita. Es lo que yo llamo el matiz de la hermosura.

Sin duda, tengo algo de loco. Hace unos cuantos días no lograba permanecer un instante sin repetir los versos de la despedida del amante. Hoy son unas cuantas líneas de Bécquer las que me alucinan con el ritmo de sus frases misteriosas.

Y, sin embargo, se que te quejas porque tus ojos diz que son verdes. Pues no te quejes.

¡Los ojos verdes! Mi abuela tuvo los ojos verdes, como las nayades, como Minerva, como Ofelia... Y, sin duda debe de haberse quejado, debe de haberse dicho, mil veces, que los ojos negros, los grandes ojos rasgados, son más bellos. Y mi abuelo, militar y andaluz, también debe de haber creído que los ojos negros son más lindos que los verdes.

**

Hoy he revelado, á mi abuela, el secreto de su alma.

Educada en un convento,—la he dicho,—entre niñas de la

nobleza y habiendo aprendido francés antes que español, tu pobre alma frágil y sensitiva debe de haber sufrido mucho durante la época agitadísima de tu juventud. Tú habías nacido para vivir en una corte elegante y frívola como la de Luis XVI en tiempo de las fiestas de Versalles... Habías nacido, tal vez para tener mil intrigas amorosas y ninguna pasión formal. Pero viniste al mundo en un lustro agitado; y te casaron con un noble; y el ruido de los cañones de la guerra de independencia turbó la ligereza de tus ensueños. Tú debieras nacer de nuevo y buscar á un compañero sensitivo como yo y como yo escéptico.

Los párpados del busto alceaban tristemente oyéndome hablar, como si quisieran contener una lágrima de bronce.

**

He trasladado el busto á mi alcoba. Por la noche cuando no logro dormirme en seguida, acaricio con la mirada el delicioso rostro risueño y le digo mil tonterías.

Ayer le dije, para ver que semblante ponía:

—¡Te adoro!

Mi abuela no se conmovió.

—¡Te adoro!—la repetí hoy.

Sus labios se contrajeron y una voz en el espacio murmuró:

—Ya lo sabía... ¡Loco!



E. GOMEZ CARRILLO



PLATICA BUFONESCA

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DEL DIA

El calor es general y supuesta su elevada graduación, no es lisonja calificarle de príncipe de la milicia. La elevación de la temperatura ha producido sus lógicas y naturales consecuencias; las riñas menudean, sobre todo, entre los partidarios de refrescar la sangre con amilco ó de bañarse interiormente con zumo de uva ó sea betún de Marruecos disuelto en agua y encabezado con alcohol de patata ó cualquiera otra porquería; se han dado varios raptos de jóvenes agraciadas y hasta alguno que otro de pollo distinguido; menudean los suicidios y los casamientos, y las ni-



LOS BAÑOS DE BARCELONA: LA DELICIOSA



EL ASTILLERO

—¿Conque queréis ir también este año á los baños?

—Sí, mamá,—responden á coro las interpeladas.

—El caso es que eso ocasiona gastos y habrá que ver de donde salen las misas. A vuestro padre le suben el descuento y á mi me han subido ya la mar de cuentas... que se han quedado sin pagar, por más señas... Casi lo mejor sería que renunciáseis esta temporada al líquido elemento.

—¡Imposible!—grita la mayor que va ya para solterona y tiene unas ojeras como dos círculos máximos.—Yo siento unos vapores, y unos sudores y unos hervores...

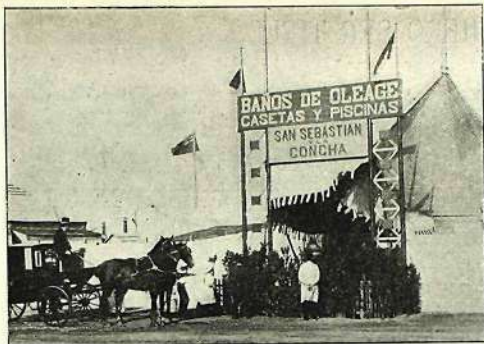
—Y yo,—dice la mediana,—no siento nada de eso; pero sentiré mucho no ver á Alvarito. Puede que

flaas vaporosas si que también sensibles, como diría Taboada, se ponen en remojo, en competencia con el bacalao aunque á veces con resultados completamente distintos: el bacalao, puesto en agua, se hincha y no pocas de las niñas en cuestión al terminar la temporada de baños están mucho más delgadas que al comienzo del verano.

No hay que dar la culpa de esto á las saladas ondas, sino al mal régimen alimenticio, agravado por la necesidad de economizar en comestibles lo que se gasta en trajes de verano y para ir al baño, tranvías, maletines, etc., etc. Los tiempos no están para derroches y las madres de familia, después de haber echado sus cuentas, dicen á sus tiernas cástags:



NEPTUNO



SAN SEBASTIÁN Y LA CONCHA

—Pero yo me moriré de los her-
vores y de los vapores...

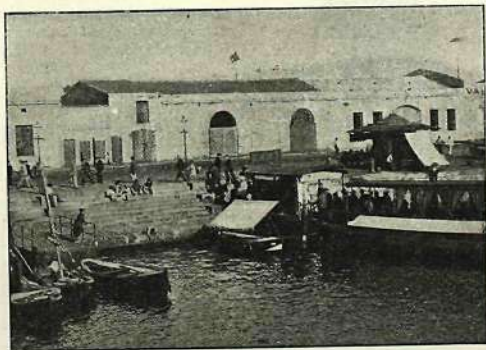
—Y yo de pena de no casarme
con Alvarito, que no me verá y no
se acabará de entusiasmar... y otra
más afortunada que yo se comerá
todos los almacenes del padre.

—Y yo,—salta la pequeña que
todavía no ha dado su opinión,—
no me moriré de nada de eso; pero
me dará mucha rabia que sean más
que nosotras las de Acelguín y las
de Barriguete y otra porción de
amigas que ya han empezado a ba-
ñarse y todos los días me pregun-
tan en tono de burla cómo no vamos
á la playa.

La observación es decisiva: lo
que tal vez no hubieran conseguido
ni la salud de la mayor, ni la pers-
pectiva de la boda de la mediana.



LA SIRENA



LOS VAPORES GOLONDRINAS

se decida este año y como su padre
tiene grandes almacenes de paja y
cebada, si me casara con él, ya no
teníamos que preocuparnos por la
comida.

—¿Eh?

—Naturalmente. Alvarito es hijo
único y con el dinero de su padre
habría para todos. El año pasado
me dijo que me había mirado con
los gemelos al salir del baño y que
le parecía yo Venus saliendo de la
espuma del puchero.

—¡Vaya una comparación!

—He querido decir: saliendo de
las aguas. ¡Cómo aquí siempre esta-
mos pensando en los malditos gar-
banzas!

—Por eso entre tener para poner-
los en remojo y que os remojéis vos-
otras me parece que...

á pesar de sus consecuencias comes-
tibles, lógralo la picara vanidad.
¡Pues no faltaría más sino que las
de Acelguín y las de Barriguete y
las de Brutañez etc. etc., creyeran
que en la casa no había dinero para
pasar por agua á las niñas!

—Está bien,—dice la madre.—Os
bañaréis desde mañana. Pondre-
mos en el cocido media libra de car-
ne en vez de nueve onzas; os con-
tentaréis con judías aderezadas para
cenar y vuestro padre no se llevará
merienda á la oficina... Poneos á
reformular los trajes del año pasa-
do; colocad en los sombreros las flo-
res de los pitos de San Isidro que os
trajo vuestro tío y ¡al agua patos!

Las niñas y sus papás rabian de
hambre, pero la vanidad queda sa-
tisfecha. ¡Casi ca el mundo!...

EDUARDO BLASCO

QUIERO SER TIPLE

*Usted será comico, ó se han de olvidar
las reglas que hoy rigen en el ejercicio.*
FIGARO

—Pasa... ¿El señor director?
—Servidor.

—Mi hija Matilde.

—Muy bella.
—Muchas gracias por la flor.
Pues yo vengo aquí con ella
á pedirle á usted un favor.
—Tomen ustedes asiento.
—Yo soy viuda.

—Lo lamento.
—No; no lo lamente usted,
porque fui muy desgraciada
de casada.

—Pues no lo lamentaré;
ponga que no he dicho nada.
Continúe usted, señora.

—Ya sabe usted lo que cuesta
ganarse la vida ahora,
por lo cual le he dicho á ésta:
¿qué vas á ser? ¿Planchadora?
No, señor...

¿Pues no sería un dolor,
y hasta un cargo de conciencia
que pasara la existencia
metida en un obrador?

¿Qué va á ser?
¿Costurera? Pues lo mismo;
¡si rompiéndose el bautismo
no ganan para comer!

¿Va á ser cigarrera? ¡Quí!
Es ocupación muy fea...

¿Pues qué quiere usted que sea?

—A mí lo mismo me da.

—Además, y esto es lo grave,
está tan bien educada

que no sabe
lo que se dice hacer nada.

Por lo cual se me ha ocurrido
que á nuestro estado precario
sólo se ofrece un partido,
¡lucirla en el escenario!

—Muy bien, muy bien discurrido.

¿Quiere ser corista?

—¿Cómo!
Caballero, usted la ofende;



¿corista? Ni por asomo...

—Pues entonces, ¿qué pretende?

—Ser tiple... ¡y de tomo y lomo!

—¿Pero canta?

—Sí, señor.

¡Si tiene una voz que espanta!

Mírele usted la garganta,

lo mismo que un ruiseñor.

Es una voz argentina,

¿y extensa? una atrocidad:

cuanado canta en la cocina

atruena á la vecindad.

—¿Sabe música?

—Eso no.

—¿Tendrá oído?

—De primera:

¡cómo que oye desde fuera

lo que hablemos usted y yo!

—¡Hola! ¡Hola!

¿Declama?

—¡Virgen María!

Hizo una vez en Talía

un monólogo... ella sola...

y la aplauden todavía.

¡Y que formas!

—¡Ay, mamá!

—Tú te callas.

Nada, usted se las verá

cuanado se ponga las mallas,

que, es claro, se las pondrá.

Conque, ¡ea! por su interés

tráigala usted á su teatro;

lo que otra le haga por cuatro

ésta se lo hará por tres.

—Bien; pues la tendré presente;

vuelva usted dentro de un mes

ó dentro de dos.

—Corriente.

Hasta la vista.

—A sus pies.

—Despídete del señor.

La niña con humildad:

—Buenas tardes.

—Servidor.

—¡Y que no *haiga* novedad!

EUSEBIO SIERRA



¡EL TREN!

Siempre he creído, que mientras nos ocupamos todos de una porción de personas que componen el *todo* Madrid, el *todo* París, el *todo* Berlín ó el *todo* Viena, existen en el mundo millares de desconocidos, cuya vida y hechos serían interesantísimos si se contaran.

Pero esos seres modestos pasan desapercibidos, arrollados por los políticos, oradores, poetas, cómicos, toreros, bailarinas, horizontales, diplomáticos, anarquistas, ricos, ladrones, músicos y danzantes.

El siglo que viene reconocerá que la prensa del nuestro es patrimonio exclusivo de la gente superficial.

Acaso dentro de cuarenta años no merezca los honores del reclamo sino el que haya hecho algo por el bien de la humanidad ó el que la haya servido sin hacerlo por interés propio y para que hablen de él y le celebren y le inciensan.

Así le decía yo la otra tarde á un amigo mío, maquinista de un tren, hombre instruído y digno de todo elogio, porque en vez de esperar de *cesante* á que vengan los suyos en vagancia pretenciosa, se ha dedicado á gobernar locomotoras y á llevar de un punto á otro familias, intereses, afecciones, riquezas... ¡Qué interesante estudio para el observador!

Pero ¿hay acaso observadores en nuestro bajo mundo? Cantamos el sol, las aves, las flores, la luna, las estrellas, el arroyo y el mundo ideal de los poetas. No cantamos la vida del vapor y de la tracción ni lo que importa é interesa...

Mi amigo me daba á conocer secretos de la vía, cosas que pasan entre dos estaciones ó entre ciento, amarguras sordas de los explotados, abusos de los explotadores, desdichas del fogonero, batallas del maquinista, inconciencia del viajero, tragedias de la máquina...

—¡Si usted supiera que Año Nuevo pasamos el fogonero y yo hace cinco años!

—¿Triste?

—¡Horroroso! Usted no sabe que nosotros *matamos* sin querer, somos cómplices del suicidio, vemos caer al prójimo á nuestros pies sin poderle salvar la vida...

Usted no sabe que este silbido, con el que anunciamos á veces la salida del tren ó la llegada á la estación, es á veces grito de angustia, que no puede ser comparable á la voz humana, porque es mil veces más hondo, más desesperado, más angustioso que todos los ayes y lamentos que exhala el corazón del hombre

Ustedes los que no viven en estos dos palmos de terreno, entre la caldera hirviendo y el carbón que nos devora la vida, no saben nada de los grandes dramas que pasan inapercibidos...

Tratábase de un hecho horroroso.

Además, aquellas palabras de *nosotros matamos sin querer* me habían impresionado hasta lo más hondo de mi ser. ¿Puede concebirse nada más trágico, nada más tremendo que la muerte ocasionada fatalmente, á desprecio de la voluntad? ¿No es eso convertirse el hombre como en un ser sin voluntad, como en un arma mortífera?

De ahí mi emoción, y lo que me tardaba en escuchar al maquinista.

Y á mí que me interesa como nada en el mundo todo lo que al tren se refiere, me tenía suspendido de sus labios el maquinista con la relación que ya esperaba yo impaciente.

—Véngase usted á Irún conmigo, y sobre el terreno le iré contando una de esas escenas espantosas que no se han visto nunca en el teatro.

Y silbó, y partió la máquina, y mientras el fogonero echaba carbón y veíamos desaparecer á derecha é izquierda casas, caseríos, montañas, campanarios, ríos y yuntas de bueyes y guardesas y rebaños y todo, él, arreglando su maquinaria y yo agarrado á un barrote con el temor del que nunca se ha visto en esa dirección general de la vida humana y viendo detrás los vagones llenos de viajeros, cuya vida era nuestra, comenzó á hablar con la misma tranquilidad con que hablaría en su casa al amor del fuego.

—Pues veníamos en esta misma dirección de Vitoria á Hendaya, y era el día 31 de diciembre. Por las estaciones se veían familias alegres que salían ó bajaban yendo y viniendo á cada localidad á pasar el primer día del año con los suyos.

Yo iba tan contento, pelando una manzana, y el tren á todo vapor, que es la gloria de Dios cuando uno se ve ya en plena vía. No tenga usted cuidado nunca en medio del campo, aunque vea usted que vamos volando... guarde usted el miedo para toda entrada en agujas; ¡allí está el peligro!

En una estacioncilla salió una mujer á saludar á otra que venía en un coche de tercera cerca de la máquina.

—¿Vas á Irún?

—Allá voy.

—Pues allá verás á mi hija y á su marido y á la niña.

—¿Van en este tren?

—No, van á pie por la vía.

—¡Por la vía!

Al oír esto tuvo el presentimiento de una desgracia.

La mujer continuó diciendo:

—Van por la vía dando un paseo. De Irún saldrá la otra abuela, la madre de mi yerno, á encontrarlos y dar un beso á la chiquitina antes que nadie. Ya verás que muñeca tan bonita lleva la chiquitina. Tres duros nos ha costado en Madrid. Pues hija, la he cogido y se la he puesto al pecho como á una hija, y así va camino arriba con su padre y su madre. ¿No sabes que á mi yerno le dan la licencia absoluta dentro de ocho días? ¡Ya serán felices, gracias á Dios! Mi hija va de ama de llaves á casa de una familia rica; mi yerno así que deje de ser carabnero tiene su colocación de portero en la Aduana; con que la niña ya no se morirá de hambre. Y á más, ¡nos han caído cincuenta duros á la lotería!

—¡Buen principio de año!—dijo la viajera.

—¡Como ninguno, hija mía, como ninguno!

En aquel momento sonó el silbato del jefe de la estación, yo respondí con el mío, como ahora que vamos á entrar en el túnel... tenga usted cuidado, á la salida continuará.

Sonó el pito y entramos como el rayo por aquella boca oscura, y pasamos minuto y medio envueltos en la sombra y tragando humo y haciendo un ruido infernal, viendo no más el reguero de brasas que íbamos dejando por tierra... Reapareció la luz; ¡aaaah! ¡Parece que se nace al volver á salir el aire!

—Esa gente que va á Irún por la vía,—le dije á mi fogonero,—debe conocer el país y la vía misma, porque sino, vea usted que catástrofe...



Iba yo diciendo esto por cerca de Gainchurisoqueta, á donde vamos á llegar ahora. Ya estamos. Un instante no más, porque aquí no nos detenemos nada. ¡Adelante!

Y seguimos, y el maquinista continuó:

—Mi corazón no me había engañado. Yo no podía ni parar el tren, ni andar más despacio. Y aunque lo hubiera hecho, faltando á mi deber y al reglamento, el sitio en que íbamos á encontrar al feliz matrimonio no tiene defensa... ¡Allí estaban! Los ví de muy lejos, de muy lejos, en un espacio donde, aun saliendo de los rails, no hay ni un palmo de terreno disponible para guarecerse... y no es eso lo peor, sino que en dirección contraria, es decir, frente á ellos, y frente á mí, venían los abuelos, los otros abuelos, el padre y la madre del carabinero, cuyo uniforme divisaba yo á medida que la máquina volaba.

Y silbó una vez, y dos, y treinta, y les ví volverse hacia la locomotora y luego mirar con ojos de espanto al monstruo que se acercaba, y que silbaba desesperadamente. No oímos el fogonero y yo más que estas dos palabras, repetidas con el mayor acento de espanto, primero por los viejos, después por los jóvenes:

—¡El tren!

—¡El tren!

Y allá va la locomotora y los pasa por encima á todos revueltos... No, ustedes no pueden imaginar, ni nadie, lo que es esto de matar así, porque la casualidad lo manda, porque le toca á uno ser instru-

mento involuntario de la fatalidad...

—¡Horrible momento, verdad? Sentirían ustedes cruzar los huesos de aquellos infelices bajo la rueda.

—Es nuestra única compensación. ¡No sentimos nada! Y si ahora ocurriese el caso, que Dios no lo quiera, verá usted que el tren pasa por cima del cuerpo humano lo mismo que por cima de una hoja de papel... absolutamente lo mismo. Allá á lo lejos, detrás de nosotros, vimos una masa de cuerpos, alguno de los cuales parecía removerse. ¡Oh, pero aquí en la máquina no se puede uno entretener en mirar atrás! Estábamos ya en Irún, entramos en agujas: ¿usted no sabe que el momento de entrar en agujas tiene para nosotros una solemnidad muda é instantánea, que sólo pasando por ella puede apreciarse? El fogonero saltó del tender; aun antes que el tren se detuviera, avisó, gritó, pintó en esas frases que improvisa el terror y que son más elocuentes que todos los discursos lo que había sucedido diez minutos antes; salió gente, guardias civiles, la población entera; yo tuve que quedarme allí en mi máquina para seguir hasta Hendaya...

¡El deber!

¡El terrible deber! *La vía*, que no espera á nadie ni á nada...

Al día siguiente acudí á la casa donde vivía pocas horas antes feliz la familia desaparecida, muerta como quien dice, á mis inocentes manos.

¡Habían muerto todos!

Encontré allí parientes lejanos, vestidos de luto: vecinas que lloraban mientras que la ciudad, vestida de día de fiesta, recorría alegremente las calles. Y en medio de un grupo de gente afligida, y en el regazo de una amiga de la casa... ¡la niña!

—¿Salvada?

—¡Fué la única!

La madre con la niña en brazos, había cubierto con su cuerpo á la infeliz criatura, que á su vez apretaba contra su corazón la muñeca, el regalo de la abuela. Y allí estaba, ignorante de lo ocurrido, viendo indiferente el llanto ajeno, y apretando siempre la muñeca, á la que daba palmaditas en la espalda para dormirla. A lo menos aquel año nuevo no lo empecé tan mal ni con tan mal agüero como yo suponía.

¡El Ángel de Dios estaba salvado!



EUSEBIO BLASCO

UN RETRATO DE VELAZQUEZ

Por su mala suerte, que le obligó á aceptar las funciones de pintor de cámara de Felipe IV, tuvo Velázquez que emplear su pincel, las más de las veces, en pintar infantes é infantes, reyes y príncipes, bufones y enanos, de aquella corte española, imagen

contara con Abderramanes, Jaimes y Fernandos, en el universo mundo respetados. Sin embargo, á veces lograba librarse de *Bobos de Coria* y demás gente palaciega, y entonces podía pintar á Montañés, á Quevedo, á Góngora, á D.^a Juana de Miranda, ó á ese almirante Adrián Pulido Pareja, cuyo retrato, perteneciente á la colección del duque de Arcos, reproducimos hoy.

A la verdad, podría decirse que huelga, después de visto, el decir que ese retrato es de Velázquez, ya que no es preciso ser muy lerdo para conocerlo; sólo que, desgraciadamente para los interesados, su personalidad queda ahogada bajo el peso abrumador del que le sacó la vera efigie. El pobre almirante Pulido Pareja pasa á ser simplemente un *retrato de Velázquez*, sin que á nadie se le ocurra inquirir qué cosas hizo durante su existencia militar, aunque, á la verdad, es de suponer que no serían muchas, pues por aquel entonces no brillaban precisamente por sus triunfos ni nuestras armadas ni nuestros ejércitos.

Es de suponer que el Sr. Pulido sería almirante porque así le parecería bien al conde-duque de Olivares, pues, *por lo demás*, teníamos á la sazón *trece galeras*, que ya era tener. De ahí que los moros pudieran insultar cuanto les viniera en ganas las indefensas costas de Andalucía, robando á mansalva los barcos españoles á una legua del litoral, y hubo necesidad, á falta de marina nuestra, de alquilarle una escuadrilla á un genovés para mantener las comunicaciones con América.

La única victoria que conseguimos fué la inapreciable rendición de Breda, que dió ocasión á Velázquez para pintar su inmortal obra maestra, único resultado positivo del triunfo.

La verdad es que se necesitaba ser un Velázquez para dar la inmortalidad á tanto ente como tenía que retratar y en las circunstancias en que los retrataba. ¡Qué situación, en efecto, la de España en vida del primero de los pintores que haya habido!

Por las insensatas provocaciones de Olivares lanza Cataluña el grito de insurrección y se entrega á Francia; Portugal se declara independiente; Andalucía quiere hacer lo mismo y proclamar por rey al duque de Medina Sidonia; en 1648 tiene España que reconocer la independencia de los Países Bajos y renunciar á toda pretensión sobre aquellas provincias; por el tratado de Osnabruck tiene que reconocer la igualdad, en Alemania, entre luteranos y calvinistas y católicos; en 1659 debe firmar el tratado de los Pirineos y renunciar á sus derechos sobre Alsacia y el Sundgau...

¿Y el almirante Pulido? ¡Ay! Había pasado ya el tiempo de que los almirantes españoles adquiriesen fama; ya no había Laurias, Tenorios, ni Bazanes; los marinos del día llevaban nombres exóticos. El almirante Pulido Pareja debía ser, á lo que presumo, una especie de almirante Cervera ó Gómez Imaz ó Montojo.



RETRATO DEL ALMIRANTE ADRIÁN PULIDO PAREJA
PINTADO POR VELÁZQUEZ, EXISTENTE EN LA GALERÍA NACIONAL
DE LONDRES



PABLO BÉJAR: TOILETTE LUIS XV

Ayuntamiento de Madrid

EL CIELO EN LA TIERRA

—Eres el hombre más dichoso que he conocido,—le dije á mi amigo Ceferino, viéndole siempre poner cara risueña á todas las contrariedades de la vida.

—Lo soy,—aseguró en tono placidísimo.—Pero, como yo, puede ser feliz todo el mundo.

—¿Posees alguna misteriosa receta para la ventura?

—Es muy sencilla. Escúchame.

Y arrellanándose con mayor comodidad en su butaca, dejó libre el hilo de su discurso.

—No hay que negar, desde luego,—comenzó diciendo,—que esta tierra no es tan detestable como algunos desesperados la pintan. El amor, el vino, el dinero, la mesa, las galas, el arte, son placeres indudables, flores de fragantísimo aroma que brotan por doquiera ante nuestro paso. Sin estos antecipos del cielo, la existencia sería insoportable. Pero hay que advertir que estas delicias no son, como digo, más que antecipos, dedadas de miel de la sabrosísima colmena, que, allá, en lo infinito, aguarda, cual opíparo banquete, á los míseros mortales.

—Los goces terrenales nunca serán realidades completas. ¿Por qué? Porque si lo fueran, ¿qué falta nos harían las promesas de ultratumba? Siendo asequible aquí la plenitud del deleite, para nada lo humano necesitaba de lo divino. Además, con una inteligencia que vuela y con unos sentidos que se arrastran, el desequilibrio entre lo soñado y lo conseguido es irremediable. Mas, así y todo, constantemente el placer es superior á nuestras fuerzas. Una gota del océano inmenso nos basta para saciar nuestro estómago.

—¿Entonces?

—Entonces, la felicidad consiste en reducir los deseos á un justo medio. No es el vestido de un gigante apropiado á un enano. Pero, la insaciabilidad del hombre ha ido desde la satisfacción hasta el exceso. De cada goce ha sacado un vicio. No se contenta con el amor y busca la voluptuosidad; no se recrea con la alegría del vino y se hunde en la estupidez de la borrachera; no se complace en la moderada posesión del dinero, y se revuelve en el vértigo de la fiebre del oro; no se acomoda á saborear agradablemente los manjares, y gusta llegar en sus apetitos hasta la indigestión; no cree suficientemente aderezada su persona con el traje que viste al cuerpo, y todos los días tortura su imaginación, inventando nuevos caprichos.

—De suerte...

—De suerte que, amigo mío, Dios puso en la tierra muchas cosas buenas, con que hacer más llevadera la carga de las penalidades. Mas el hombre, con su aliento lo ha corrompido todo. ¿Cómo cerrar los ojos á las bellezas que nos rodean? ¿Las enumero? Necesitaría contar las arenas de los mares, las estrellas de los cielos, las



flores de los campos. Pero ¿quién no los conoce? ¿Quién no ha recibido en sus labios un beso dulcísimo ni ha aspirado el perfume de una rosa, ni ha sentido la sangre circular en olas de entusiasmo al contacto de una copa de licor, ni se ha conmovido tiernamente al escuchar las armonías de los pájaros, ni, en fin, se ha estremecido con vibración divina al depositar en la mano del necesitado una limosna? Todo el universo está lleno de hermosura. Si; existen cielos en la tierra.



—Existen, sin duda. Y el secreto está en poder encontrarlos.

—El secreto consiste, amigo mío, en no hacer de cada cielo un infierno.

JOSÉ DE SILES

AMOROSAŞ

Quien no quiere á una mujer,
no sabe lo que es la vida,
ni gozar ni padecer.

Mi corazón te dejé
y el tuyo traje conmigo,
por eso de amor te mueres
y yo de tu amor me río.

Ya se alejó tu pasión,
mas con su ausencia no pierdo,
que si es dulce una ilusión
es más dulce su recuerdo.

Por caridad te he querido,
y con ofensas me pagas;
á veces se dan limosnas
que cuestan luego muy caras.

Procuras hallar abrigo
contra la pasión que sientes;
inútil es que lo intentes,
porque la llevas contigo.

Me pides que amor te jure:
¿á qué jurar, vida mía,
si cuando el amor se acaba
el juramento se olvida?

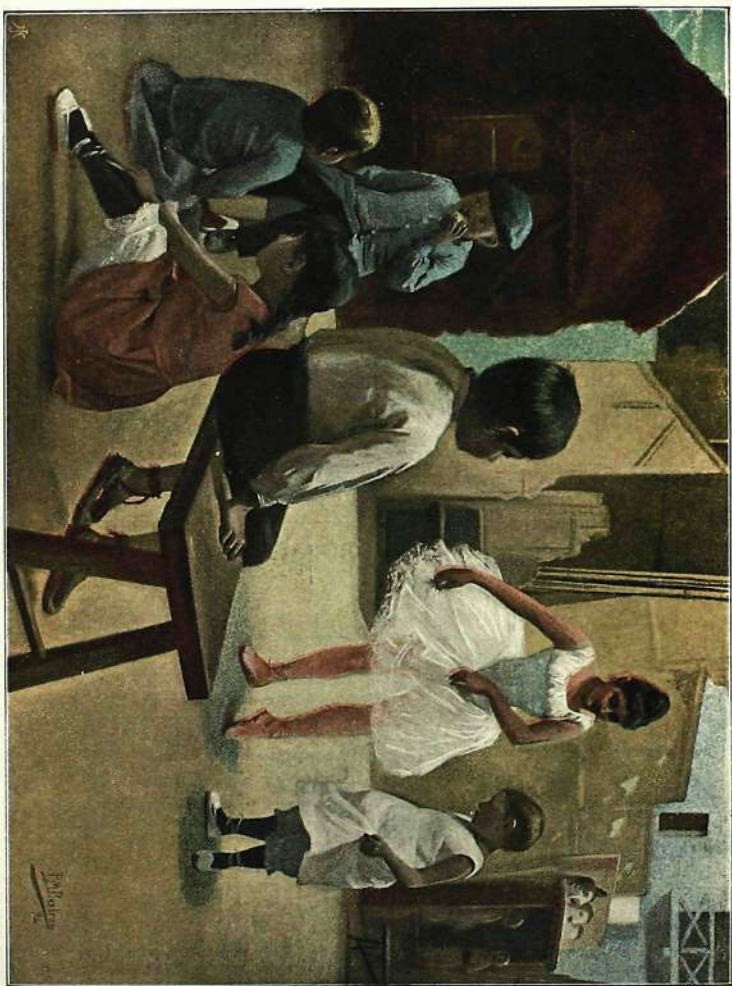
Ayer has sido mi gloria,
hoy mi infierno me parece:
¿quién pudiera algunas veces
arrancarse la memoria!

No pretendas conocer
mis íntimos pensamientos:
no guardas tu corazón
¡y quieres guardar secretos!

Aunque prodigues el llanto,
no esperes que vuelva á verte,
pues ya te conozco tanto...
que no quiero conocerte.

Te admiras de que mi pecho
tanto amor haya sentido:
es porque adoro lo hermoso,
y lo hermoso es infinito.

NEMO



PABLO M. BERTAN: LA LECCION DE BAILE

Ayuntamiento de Madrid

REPITORIA

La inteligencia de los animales.

Hay en Nicaragua tres especies de cuadrumanos: el *mono*, el *mico* y el *congo*, sobresaliendo en inteligencia el segundo. Los micos colonizan centinelas en los caminos que conducen a las huertas para que den la voz de alerta en caso de que se presente el hombre mientras ellos se dedican al robo de mazos. Si el centinela, por descuido, no da la voz de alarma y se ven sorprendidos por su culpa, en castigo le arriman los otros un soberbio pie de paliza.

El *congo* se parece mucho al hombre en su fisonomía: tiene barba y es de mayor alzada que el *mono*. Su canto es un grito continuado que se oye a muy larga distancia. Empieza a cantar a las cuatro de la madrugada y desde esta hora continúa cantando por intervalos, como los gallos, hasta la puesta de sol.

El *mico* es más pequeño que el *mono*, negro, con la cara blanca y cinco dedos en las manos. Sus ojos tienen la brillantez del relámpago.

Las pizarras, que no faltan en muchas partes de España, se utilizan para tejados, revestimientos de paredes, losas de pavimento, tableros de billar, panteones, sepulcros y, por de contado, para escribir; se preparan además de manera que imiten al mármol y se emplean para ornato. Es una industria que produce más de seis millones de dólares al año en Inglaterra y más de tres millones de igual moneda en Francia.

Bien puede calificarse de *el ladrón robado* el hecho que acaba de suceder en París. Iba una modista en un tranvía cuando se sentó a un lado un elegante y apuesto caballero que no tardó en apearse. Acosó después la modista y se encontró a

Solución del problema núm. 5

P 7 B R 5 B.
T 5 D jaque R 4 A.
R 6 A 6 6 B Juegan.
T 5 A jaque y mate.

faltar el portamonedas, que contenía 92 francos, pero en cambio se halló con una sortija, que el joyero evaluó en 3,000 francos. El tomador del dos hizo, pues, un negocio redondo.

Después de largos y concienzudos estudios parece abrigarse la convicción de que las tormentas tienen mucha relación con la cantidad de humo que contiene la atmósfera de las ciudades industriales. El máximo de las tormentas en las de Alemania corresponde al sábado y el mínimo al domingo.

El emperador Napoleón I fué abofeteado dos veces por manos blancas, por grosero y atrevido: la una por la criolla M. Rauchand, que fué desterrada juntamente con su marido, y la segunda por nuestra compatriota la mariscala Duroc, duquesa de Friul, hija del Sr. Martínez Hervás. El emperador tomó a broma el bofetón y dirigiéndose a Duroc le dijo:

—Duque, ya se conoce que tu mujer es española.

Nuestro distinguido amigo don Lorenzo Martín Coria ha publicado la segunda edición de su novela *Los Vencidos*, digna de su reconocido talento y de sus envidiables dotes como escritor.

Hablando en el Átenco de un escritor poco cuidadoso de su traje, decía uno:

—Fuanito es un hombre que se muda dos camisas sucias al día.

—¡Adios, querido D. José!
—¡Felices, amigo D. Julián!
—Es que yo no soy D. Julián
—Ni yo soy D. José.
—Pues entonces no somos ni usted ni yo.

La población actual de España, de hecho, es de 18,098,000 habitantes. Aviso a los confeccionadores de geografías para los chicos de las escuelas, institutos y universidades.

Gracias a Plevna no ha desaparecido Turquía y se le consienten las atrocidades de Armenia: gracias a Cavite y Santiago... (el lector completará la oración).

CHARADA

Un *prima dos*, *tercia* dió,
cuarta bella y confiada,
don *todo*, cuando afirmó
que nunca tuvo otra amada.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

ÉXITO

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

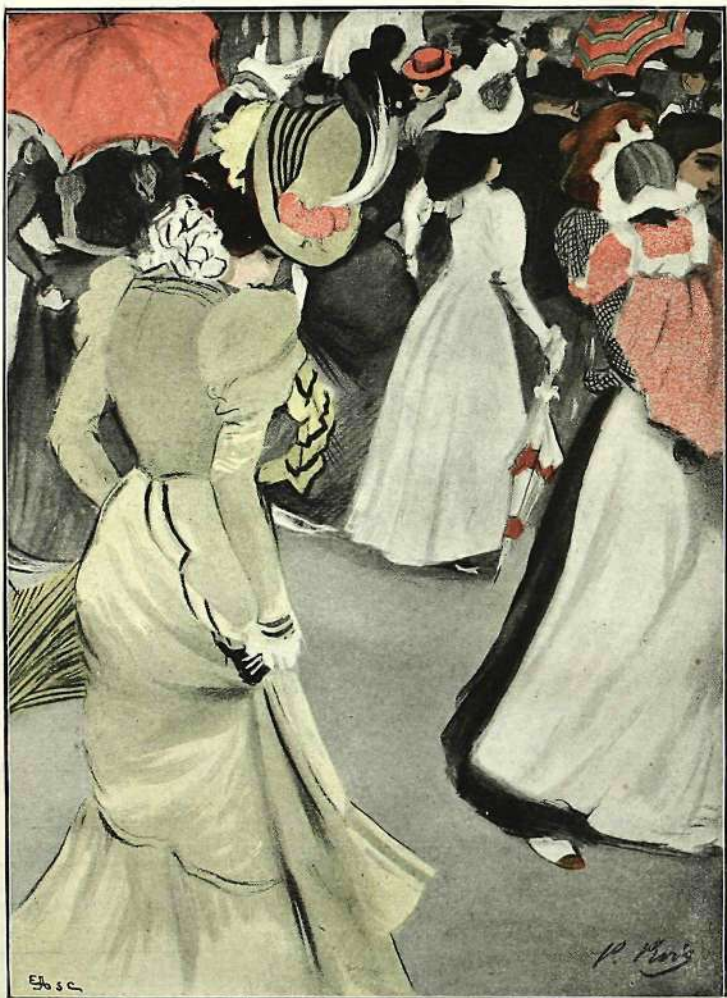
a los pasatiempos del número anterior

Charada.—Teodoredo.
Tarjeta.—La revoltosa.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. NO SE DEBE VENDER NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid